

Todo el canto de Eudoro se compone de pasajes de la Escritura.

*Octava LXV.*

De suspiros y lágrimas cortado.

(10) Super flumina Babilonis. Salmo 136.

Vox in Rama audita est, ploratus et ululatus multus; Raquel plorans filios suos, et noluit consolari quia non sunt. S. Mateo.

*Octava LXXIV.*

Que otro tiempo libráran las Sirenas

(11) Las Sirenas, hijas del rio Aqueloo y de Caliope, desafiaron á las Musas en el canto: estas despues de haberlas vencido, las arrancaron las alas, y de ellas se hicieron coronas. Los pintores y escultores representan á las Sirenas mitad mugeres y mitad pescados, pero esto procede de ignorancia de la fábula, segun nos la han transmitido los poetas y autores antiguos, los cuales pintan á las Sirenas mitad mugeres y mitad pájaros.

**LOS MARTIRES.**

**SUMARIO.**

La oracion de Cirilo sube al trono del Omnipotente.— El cielo, los ángeles, las Santos.—Tabernáculo de la Madre del Salvador, santuario de Jesucristo, la Trinidad.—La oracion de Cirilo es presentada al Eterno; el Eterno la acepta, pero declara que no es el obispo de Lacedemonia la víctima que debe rescatar los cristianos.—Eudoro es la víctima escogida.— Las milicias celestes toman las armas.—Cántico de los Angeles y de los Santos.

**CANTO III.**

I.

El ángel de Cirilo destinado  
A dirigir sus súplicas fervientes  
Al trono del Altísimo encumbrado  
Y traer sus respuestas convenientes,  
La oracion del Pontífice ha escuchado;  
Y batiendo sus alas refulgentes,  
Al empíreo remonta el rauda vuelo,  
Y llega en un instante á el alto cielo.

II.

En medio del vacío inmensurable  
Que el humano mortal en balde intenta  
Con su vista medir, do innumerable  
Y fúlgido planeta se presenta  
Vagando en el espacio, la inefable  
Ciudad de Dios sus fundamentos sienta,  
Que el mismo Omnipotente colocára  
Y de muros de jaspe rodeára.

III.

Vestida de la gloria del Eterno  
Esta ciudad de paz está adornada  
Como esposa á quien busca esposo tierno (1)  
Mas ¿qué lengua podrá de su estremada  
Belleza y artificio sempiterno  
Darnos solo una idea aproximada?  
¡Lejos de aquí, grandezas de la tierra,  
Que nada vale cuanto en tí se encierra!

IV.

Allí se ve una hermosa gradería  
Compuesta de zafiros y diamantes  
En bella y admirable simetría;  
Aquí se elevan arcos triunfantes,  
Con emblemas y sacra alegoría,  
De perlas y rubíes refulgentes;  
Allá una galería de topacio  
Va á perderse de vista en el espacio.

V.

Mas todo vive aquí: la arquitectura  
De la ciudad de un Dios inteligente  
Es espíritu puro, sin mixtura  
De un átomo corpóreo solamente.  
Cuando obligada á hacernos su pintura  
La Musa la reviste toscamente  
De cuerpo heterogéneo, nos engaña  
Como en sueño fugaz fantasma estraña.

VI.

Esta santa ciudad está cercada  
De pensiles, florestas, parque umbroso,  
Que perfuman el aura delicada.  
Del trono del cordero un caudaloso  
Rio sale con marcha sosegada  
Que en olas de amor puro y delicioso  
Baña el celeste Eden, y fecundiza  
El árbol que la vida inmortaliza (2).

VII.

Este árbol misterioso está plantado  
En la colina amena del incienso;  
Y un poco mas allá se ve elevado  
El de la ciencia: en su foilage denso  
El secreto inefable está ocultado  
De la Deidad que con saber inmenso  
Dispuso los principios inmutables,  
Fuentes del bien y mal inagotables.

VIII.

Mas aquí no da el árbol de la ciencia  
La muerte al que ha gustado de sus frutos,  
Sino la mas sublime inteligencia  
De los sacros misterios y atributos  
Que son emanaciones de la esencia.  
Allí gusta con labios impolutos  
El hombre de aquel néctar confortante  
Con que á los Dioses se hace semejante (3).

IX.

La luz que estos retiros esclarece,  
Del albor se compone matutino,  
La llama que en el zénif resplandece,  
Y el arrebol purpúreo vespertino.  
Aquí nunca es de noche, ni amanece,  
Ni sale ningun sol; mas un contino  
Fulgor baja del trono del Eterno,  
Y en rocío se esparce blando y tierno.

X.

En los atrios de pórfido espaciosos  
Se ven por gerarquías colocados  
El Querubin y Serafin gloriosos  
En amor celestial embriagados;  
La Potestad y Trono poderosos;  
Los fuertes y brillantes Principados;  
El Angel y el Arcángel refulgentes,  
Ministros del Altísimo obedientes.

XI.

A aquellos su poder sobre la tierra,  
El aire, fuego y agua tiene dado;  
A estos sobre la nube que en sí encierra  
El trueno y el relámpago inflamado:  
Otros guardan los carros de la guerra,  
En que monta Elohé cuando indignado  
Contra el hombre, su cólera celeste  
Descarga con el hambre, guerra y peste.

XII.

Un millon de estos genios fulgurantes  
Dirigen de los astros las carreras,  
Y arreglan los concentos incesantes  
Que forman en su giro las esferas.  
A su imperio los orbes rutilantes  
Se cruzan ó presentan en hileras  
Cual huestes numerosas y aguerridas  
Se ordenan para dar pugnas temidas.

XIII.

Tambien se ven allí los venturosos  
Mortales que en la tierra han practicado  
Las virtudes, con símbolos gloriosos.  
Primero el Patriarca, recostado  
Debajo de los vástagos frondosos  
De la viña; el Profeta entusiasmado,  
Cuya frente despide luz radiante,  
Y el Apóstol de gloria centellante.

XIV.

Luego están los Doctores eminentes,  
Con plumas en las manos inmortales;  
Después los Solitarios penitentes,  
Retirados en grutas celestiales;  
Los Mártires con ropas esplendentes;  
Las Vírgenes, con palmas eternas;  
La Viuda, á quien adornan largos velos,  
Que al pobre ha dirigido sus consuelos.

XV.

Mas ¿qué es el hombre pobre y desgraciado  
Para hablar de este bien imponderable?  
En este cuerpo mísero encerrado  
Alzarse á tanta altura no le es dable.  
El espíritu solo, y confortado,  
Decir puede la gloria inmensurable,  
El piélago en que nadan de delicias  
Los que de Dios reciben las caricias.

XVI.

Ya este pueblo de Santos venturoso  
Se sienta junto al río cristalino  
Del amor y la ciencia y con reposo  
Contempla la beldad del Ser divino.  
Su mismo curso vário y presuroso  
Les aumenta el placer de su destino,  
Porque en él ven del tiempo la corriente,  
Y su dicha les dura eternamente.

XVII.

Ya, por mejor loar la omnipotencia  
Del sabio Criador del universo,  
Dirigen su atención con preferencia  
A tanto ser tan vario y tan diverso  
Que publican su gloria á competencia.  
Como en espejo cristalino y terso  
El Verbo les presenta á un solo punto  
La clara imágen de que son trasunto (4).

XVIII.

Allí ven con placer inenarrable  
Los astros que con rápida carrera  
Vagan por el espacio inmensurable,  
Y el tiempo y la distancia nunca altera.  
La estension del vacío incalculable,  
El mecanismo y órden de la esfera,  
Son para estos celestes habitantes  
Fuentes de admiración siempre abundantes.

XIX.

Allí ven esta luna que apacible  
Sus ruegos muchas veces alumbrará  
En noche estiva, calma y bonancible:  
El astro centellante que separa  
El día de la noche, indifectible  
Precursor de la aurora: y la luz clara  
Del planeta que sigue al sol radiante,  
Engolfado en un mar de éter brillante.

XX.

Tambien miran la tierra puesta en el  
Que privada de luz lleva un anillo  
Como viuda que yace sin consuelo  
Y de antiguo esplendor renuncia al brillo.  
Mirando este gran globo desde el cielo,  
Parece como un débil atomillo  
Que el viento ajita y lleva á todo lado,  
Y apenas de la vista es observado.

XXI.

Finalmente el espíritu dichoso  
Se eleva hasta esos mundos admirables  
Que presentan por centro luminoso,  
Las estrellas que vemos invariables.  
El Criador no deja en el reposo  
Un momento á estas almas insaciables,  
Ya con objetos grandes y visibles,  
Ya con la admiracion de los posibles.

XXII.

Mas de todas las cosas que á su vista  
Presenta aquel espejo trasparente  
Que fué el modelo del divino Artista,  
Su atencion llama el hombre especialmente.  
Su estado lamentable les contrista,  
Y de piedad movidos juntamente,  
Presentan al Señor sus oraciones,  
Y son sus consejeros y patronos.

XXIII.

Mas no obstante que ven al descubierto  
Las pasiones que agitan los mortales,  
El corazon del hombre está encubierto  
A todas estas almas celestiales.  
Este es un santuario solo abierto  
A la Divinidad, que sus umbrales  
Cerrára con el sello del arcano  
Como el que es absoluto soberano.

XXIV.

En estos dulces éxtasis sagrados  
De admiracion, de amor y de contento;  
Con trasportes de gozo enagenados  
Y absortos en continuo arrobamiento,  
Pronuncian estos seres bienhadados  
Aquel cantar sublime cuyo acento  
Oyó en Patmos el sacro Evangelista,  
De música y de letra nunca vista.

XXV.

De aquella alegre orquesta y numerosa  
El santo rey profeta la armonía  
Dirige con destreza prodigiosa;  
De las flautas la dulce melodía  
Arregla Asaf (5) con arte portentosa;  
Y un hijo de Coré (6) el concierto guía  
De las arpas y liras acordadas  
Por mano de los ángeles pulsadas.

XXVI.

Los cantos y la música suspenden  
Un momento estos músicos gloriosos,  
Cuando á lo lejos resonar entienden  
Acuerdos mas suaves y armoniosos:  
Parando la atencion, ven que descienden  
Del trono del cordero, y silenciosos  
Oyen la voz del Padre que enagena  
Sus almas y de amor santo los llena.

XXVII.

Mas, ¡ó Musa, qué pobre é imperfectos  
Estos acentos son de que te vales  
Para explicar acuerdos tan perfectos!  
¡Los himnos y los cantos celestiales!  
¡Los variados y férvidos afectos  
Con que en estas mansiones inmortales  
Esta música eterna se renueva  
Con arte siempre antigua y siempre nueva!

XXVIII.

De estos santos conciertos la armonía  
Suenan con mas dulzura en la morada  
Que en la ciudad de Dios tiene María.  
Del coro de las Viudas roeada,  
De Vírgenes sin mancha en compañía  
En trono de candor se ve sentada,  
A donde de la tierra, por ocultos  
Pasos, suben los ayes y singultos.

XXIX.

La Madre del amor y de la gracia  
Da siempre desde allí oído propenso  
Al clamor del mortal en la desgracia:  
Su llanto ofrece en la ara del incienso;  
Y á veces, para dar mas eficacia  
Al holocausto añade el precio inmenso  
De alguna de sus lágrimas pacíficas  
Que pasman las moradas beatíficas.

XXX.

Los Angeles la llevan sus mensajes  
Del hombre que á su guarda es confiado.  
Ardiente Serafín sus homenajes  
La presenta y la sirve arrodillado;  
Del pesebré los santos personajes  
Se reunen tambien allí á su lado;  
Gabriel, Ana, Josef casto y prudente,  
Pastores de Belen, Magos de Oriente.

XXXI.

Tambien se ven, en grupos apiñados,  
Los niños, que en edad tierna muriendo,  
En ángeles pequeños trasformados  
Cercan su celestial Madre, y moviendo  
Ante ella sus turbulos dorados,  
Con armonía alzando y descendiendo,  
En círculo despiden suave esencia  
De perfumes de amor y de inocencia.